

Buenos días,

Gracias por venir a esta presentación de la próxima temporada que, como sabéis, será la última de mi etapa al frente del Centro Dramático Nacional.

Parece que fue ayer y ya han pasado casi ocho años desde que hacía mi entrada en este teatro como director del CDN. Nunca como entonces entendí lo que pudo sentir el príncipe Segismundo al despertar en palacio:

*¡Válgame el cielo, qué veo!*  
*¡Válgame el cielo, qué miro!*  
*Con poco espanto lo admiro,*  
*con mucha duda lo creo.*

Desde entonces, como digo, han pasado casi ocho años, y durante este tiempo no he dejado de ser consciente de mi función como un eslabón más de un gran proyecto cultural trazado previamente por distinguidas figuras de nuestra escena como Adolfo Marsillach, Nuria Espert, José Luis Gómez, Ramón Tamayo, Lluís Pasqual, Isabel Navarro, José Carlos Plaza, Amaya de Miguel, Juan Carlos Pérez de la Fuente y Gerardo Vera, a los que quiero agradecer y reconocer públicamente su meritoria labor; tal vez sólo desde dentro puede uno hacerse una idea completa del alcance de su contribución.

También quiero saludar y dar la bienvenida a Alfredo Sanzol, que hoy nos acompaña y que a partir del año que viene recogerá el testigo de la dirección de esta Casa; bienvenido, Alfredo, y gracias por estar hoy aquí acompañándonos.

Y ahora, antes de que os detalle el programa de esta temporada que iniciamos, permitidme compartir con vosotros unas breves palabras acerca de la que ha sido una apasionante experiencia humana y profesional al frente de esta Casa.

Bien.

El teatro horada los tabiques de la cotidianidad, abre boquetes que nos asoman a paisajes inesperados, nos brinda la posibilidad de liberarnos de muros consabidos, meros trampantojos de la realidad. El teatro violenta siempre nuestra pequeña confortabilidad para invitarnos a renovar las frágiles moradas de nuestras creencias; el teatro, sí, siempre es un acto de gozosa transgresión.

A la vez, el teatro es un arte dinámico y transformador: un refinado proceso en permanente construcción y demolición; fenómeno que constatamos día a día en la sala de ensayos en un constante hacer y deshacer, y también cada tarde cuando volvemos a poner en pie el edificio desvanecido la noche anterior tras la caída del telón... Y en este volver a construir, en esta *reconstrucción* – siempre alzada sobre cimientos previamente asentados–, reside la creatividad

tanto del artista como del gestor; en esos retornos vivificadores (*lively turning*) que decían en la época isabelina. Somos pues, antes que nada, intérpretes de un legado que inevitablemente estamos abocados a actualizar a partir del imaginario del tiempo presente. Esta función, enunciada como “mantenimiento y renovación del repertorio”, figura como objetivo destacado en los estatutos del CDN.

Mantenimiento y renovación. Dos aspectos que me propuse acometer de forma exhaustiva en todas y cada una de las actividades diseñadas: recoger el legado de quienes nos precedieron y tratar de insuflar nuevos enfoques propiciados por la realidad de nuestro momento. Todo ello guiado por unas directrices plasmadas en el proyecto por el que fui nombrado en su día y cuyos objetivos, al cabo de ocho años, se han vistos cumplidos con creces, superando nuestras propias expectativas.

Y aunque siempre he considerado que la rentabilidad de los proyectos culturales no ha de medirse exclusivamente por resultados cuantitativos como la mera afluencia de espectadores, sino que deben considerarse otros factores relativos a inversiones socioculturales de largo recorrido; qué alentadora sorpresa constatar que un programa basado en la promoción y difusión de la dramaturgia contemporánea española haya podido despertar tan ferviente interés en el público; interés que se ha sustanciado en un porcentaje de ocupación cercano al noventa por ciento. Esta circunstancia, ciertamente excepcional, se explica, entre otros motivos, por la demanda de unos espectadores especialmente ávidos de una escena del aquí y ahora así como por la reconocida calidad de nuestra escritura teatral.

En efecto, nuestra apuesta por la autoría de hoy ha sido radical, y la hemos llevado a cabo teniendo muy presente la ausencia de uniformidad estética e ideológica de nuestros creadores, pluralidad acorde con una ciudadanía felizmente heterogénea que con sus impuestos mantiene esta institución.

Sea como sea, a este criterio de diversidad, unido al de la obligada exigencia artística de las producciones, se ha añadido otro que ha inspirado la programación a lo largo de estas ocho temporadas: la pretensión de dar cuenta de nuestra historia contemporánea – sus luces y sus sombras- desde significativas obras dramáticas: un relato de relatos a partir del repertorio contemporáneo, historias de nuestra historia reflejadas en el teatro con objeto de comprender el presente y poder así proyectarnos hacia el futuro.

Este continuo narrativo –que, entre otras cosas, contribuye a avivar una llama de conciencia colectiva– en el caso que nos compete arranca a finales del siglo XIX, razón por lo que el primer espectáculo que como director de escena decidí poner en pie fue la galdosiana *Doña Perfecta*, donde de forma elocuente afloran dos cosmovisiones que han nutrido la polarización de un discurso

político guerracivilista que alcanza nuestros días. Tras Galdós vinieron Pardo Bazán, Arniches, Valle-Inclán, Lorca, Max Aub, Mihura, Jardiel Poncela, Alfonso Sastre, Buero Vallejo, Francisco Nieva, Lauro Olmo, Ana Diosdado... y así hasta llegar a acreditados dramaturgos y dramaturgas en activo que nos dan cuenta de los conflictos, retos y contradicciones del mundo de hoy.

La nómina es extensa y habla a las claras de la pujanza de nuestra dramaturgia, concepto éste que hoy en día se hace extensivo a directores, escenógrafos, vestuaristas, músicos, diseñadores audiovisuales... responsables, igualmente, de la riqueza y vitalidad de nuestro teatro actual, así como, naturalmente, a las actrices y los actores que con maestría han hecho posible esa asombrosa alquimia de materializar las palabras en el escenario.

Vaya desde aquí mi rendido agradecimiento a todos ellos por su inestimable trabajo en esta Casa.

Un vasto patrimonio enriquecido, a su vez, con numerosas producciones de textos de autores clásicos del repertorio universal: Shakespeare, Marivaux, Ibsen, Chéjov, Dostoievski, Ionesco, Brecht, Beckett, Wesker... y con un programa internacional instituido por mi predecesor Gerardo Vera, *Una mirada al mundo*, selecta exhibición del mejor teatro extranjero que, además, ha propiciado la creación de sólidos vínculos con algunos de los artistas invitados, como ha sido nuestra relación con el prestigioso director ruso Alexander Borodin y el Teatro RAM de Moscú, donde en su día presentamos con notable éxito *El laberinto mágico*, de Max Aub, o las complicidades establecidas con creadores como Wajdi Mouawad o Declan Donnellan, con quienes hemos disfrutado de experiencias altamente enriquecedoras en el seno de nuestro Laboratorio de investigación teatral Rivas Cherif.

Este ha sido uno de los proyectos más satisfactorios y fructíferos de nuestra etapa. Como sede del mismo, en su día habilitamos en el vestíbulo de la primera planta del Teatro Valle-Inclán un nuevo espacio de exhibición: la Sala El Mirlo Blanco, que fue inaugurado por una madrina de excepción: Nuria Espert.

La iniciativa surgió de la necesidad de crear un punto de encuentro para profesionales donde pudieran llevarse a cabo procesos de investigación para entablar diálogos artísticos y fomentar la renovación de los medios expresivos y de los propios procesos de creación. Un banco de pruebas necesario dado que los modelos convencionales de producción en muchas ocasiones resultan refractarios al riesgo y, por tanto, limitadores de la creación.

El Laboratorio Rivas Cherif, con más de 3000 miembros y sus diferentes secciones nació como una herramienta para cambiar estas dinámicas. Un distinguido botón de muestra lo constituye nuestro programa *Escritos en escena*, en el que dramaturgos, en colaboración con directores y actores, se han empleado

a lo largo de dos meses en una práctica que ha culminado con la exhibición y publicación de un texto teatral.

También, entre las muchas actividades gestadas en el seno del laboratorio, destacan las Jornadas de Plástica Teatral, obligado punto de encuentro para los profesionales especializados en las diferentes disciplinas escenotécnicas, o las sesiones que hemos dado en llamar *Los lunes con voz*, excelente ocasión de aprender, pensar y debatir de sobre muy diversos aspectos relacionados con la programación en el día tradicional de descanso de las compañías.

Por otro lado, y en atención a una de las prioridades de nuestro plan director como es el libre acceso a la cultura para cualquier ciudadano, hemos sido pioneros en la eliminación de barreras arquitectónicas, así como en la aplicación de sistemas de accesibilidad adaptados a personas con discapacidad auditiva y visual.

En esta línea se inscribe una decidida apuesta por incorporar en la programación a creadores con diversidad funcional. Así nació el Festival *Una mirada diferente*, dirigido por Inés Enciso y Miguel Cuerdo, cuya séptima edición acaba de celebrarse en el Teatro Valle-Inclán con un último encargo por nuestra parte: el RETO 2019, el desafío de formar, contagiar, incluir, acercar, visualizar y normalizar nuevas voces. Actualmente, se están realizando talleres, promoviendo proyectos, presentado montajes y formando a gestores culturales en Latinoamérica junto con la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

Por otra parte, a lo largo de este periodo hemos querido igualmente impulsar una pujante modalidad escénica que, sin embargo, muchas veces no encuentra su justo lugar en las programaciones habituales; el teatro de títeres, del que nuestro país goza de una rica tradición. En la localidad vizcaína de Tolosa se halla un deslumbrante centro que es toda una referencia internacional de este género. La estrecha colaboración del Centro Internacional del Títere de Tolosa (TOPIC) con el CDN ha propiciado, temporada tras temporada, una programación de esta clase de espectáculos para todos los públicos.

No quiero terminar sin hacer mención a la labor divulgativa realizada mediante publicaciones como los cuadernos pedagógicos, las publicaciones de textos dramáticos o de teoría teatral o los videos de la serie *Nuestro teatro*, que han complementado la actividad de los escenarios y que ha permitido una mejor comprensión de la programación en la línea de incrementar la formación de un público que es mucho más que una mera confluencia de eventuales espectadores.

En fin, como digo, un proyecto artístico ilustrado que en todo momento ha estado cimentado en criterios de igualdad, diversidad y apuesta por el futuro. En este sentido, hace tres años firmé con la Asociación Clásicas y Modernas mi

compromiso por la igualdad, y así, temporada tras temporada hemos logrado la plena paridad reflejada en una equitativa presencia de hombres y mujeres en la programación como acredita el programa que estamos a punto de presentar.

Uno echa la vista atrás y se asombra –y, por qué no, también se enorgullece– del ingente trabajo llevado a cabo; y a la vez se pregunta: ¿cómo ha sido posible realizarlo en un periodo no precisamente boyante en recursos? La respuesta se halla, además de en una drástica política de sostenibilidad en la gestión, en el compromiso y buen hacer de todos los que trabajan en el CDN en sus distintas secciones: equipos de gerencia y producción, personal de sala y taquilla, comunicación, actividades pedagógicas y, claro está, técnicas y técnicos de nuestras dos sedes que no dejan de acumular felicitaciones y notas de agradecimiento por la calidad del servicio prestado. Gracias a todos, y muy especialmente a quienes durante este tiempo han formado parte de mi equipo de dirección con tanta dedicación y buen hacer: Ángel Murcia, Fernando Delgado, Miriam Gómez, Toño Camacho, Matías Carbia... sin olvidar a las imprescindibles Odile y Ana, en la Secretaría de Dirección.

Y, desde luego, gracias, una vez más, a todos los profesionales que han pasado temporalmente por nuestros teatros y que nos han regalado su talento, profesionalidad... y también, no me olvido, nunca lo he hecho, a aquellos artistas que no por falta de mérito y sí por no haberse dado la ocasión, no han podido aún desarrollar su trabajo en esta Casa.

De igual modo quiero extender mi agradecimiento a la prensa especializada que ha cubierto sistemáticamente y con rigor nuestras actividades y que, ejerciendo en ocasiones el ejercicio de la crítica o la discrepancia, lo ha hecho desde el respeto y la consideración por nuestro proyecto, una pasión compartida por el teatro, de cuya familia también forman parte.

Y, por supuesto, a los servicios centrales del INAEM, organismo pionero en aplicar el Código de Buenas Prácticas que contempla la designación por concurso público de los directores de sus unidades, en un plausible intento por deslindar la gestión artística de los avatares de la lucha partidista.

Y, finalmente, gracias al público, desde los apasionados y fieles abonados que año tras año nos han regalado su confianza y fidelidad hasta los jóvenes espectadores que han respondido de forma entusiasta a la campaña Minuto Joven, mediante la cual han podido beneficiarse de localidades a muy bajo precio. Ese público al que nos debemos y del que procedemos, ese al que decimos *respectable* por cuanto es merecedor de todo el respeto que nos debemos, antes de nada a nosotros mismos. Respeto para poder dar cuenta desde la ficción de todo tipo de realidades por controvertidas que puedan resultar. En este sentido quisiera terminar mi intervención con un encendido voto por la libertad de expresión.

Empecé hablando de los muros que constriñen nuestra libertad que hoy, una vez más, vuelven a revestirse de buenas intenciones. Un fantasma recorre el arte: el fantasma del puritanismo revestido de corrección política. El teatro no se libra de este embate. Una moralina de cortos vuelos ignorante de que el Arte es ante todo una perturbadora interrogación sobre la realidad, pretende hacernos afinar la voz en el diapasón de su excluyente ortodoxia.

Cuidado.

Una de las funciones principales del teatro es combatir el sectarismo, cuestionar los dogmas incuestionables, alentar la controversia para enriquecer con ello la conversación pública; el teatro siempre es ficción que hay que leer en relieve rehuyendo la literalidad de sus enunciados; además, opera, al modo del Carnaval, como válvula de escape de las convenciones sociales, una suerte de homeopatía que subvierte los valores dominantes precipitándose en zonas lóbregas de nuestra naturaleza, ahí están los personajes de Shakespeare o Valle Inclán; la función educativa correctora de costumbres que la Ilustración preconizó quiso borrar sin éxito esa corriente magmática y contradictoria que ha palpitado siempre en el teatro desde sus orígenes dionisiacos. El teatro, prodigioso pacto entre personas civilizadas transmite valores en sí; valores de respeto, tolerancia y compasión; ahora bien, una cosa es su consustancial vocación de proponer modelos éticos y filosóficos, y otra muy distinta la evangelizadora propagación de intransigentes y esquemáticos catecismos como los que inspiran la actual preceptiva de la corrección política; esta reedición contemporánea del decoro está incubando el huevo de una serpiente llamada censura.

Acaso el valor supremo en que nos educa el teatro sea precisamente el de recelar del carácter inmutable de los valores en que se nos dice debemos ser educados. (Puede que esta voluntad aleccionadora en ocasiones responda a una bienintencionada pretensión, pero, tal como nos recuerda Jardiel, el problema de quien se propone educar al público desde el teatro es que al hacerlo se queda sin público al que poder educar. Y esa ausencia es la muerte del teatro. Ya lo dijo Maradona, jugar al fútbol sin público es como hacerlo en un cementerio.)

Porque el teatro, se ha dicho hasta la saciedad, es reflejo de la vida, y la vida, ay, se resiste a esquemáticas consignas ideológicas; los seres humanos: sus actos más desprendidos y sus más oscuras pulsiones, sus sueños más luminosos y sus más terribles pesadillas, configuran un espejo donde nos contemplamos en un prodigioso juego de metáforas. La imagen que nos devuelve el teatro siempre es poética, brota de lo inesperado para reclamar nuestra incondicional entrega al asombro; y la poesía, como nos recuerda Federico, la poesía no quiere adeptos, sino amantes.

Así es el teatro. ("Poesía que sale del libro y se hace humana".)

La fuerza del teatro radica en su imprevisibilidad, por eso lo teme el poder.

En guardia, pues, y con alegría, compañeras, compañeros.

Defendamos el teatro como espacio supremo de libertad por más que nos duela.

Gracias.

**Ernesto Caballero**